

CAPÍTULO 6

Al llegar Nicanora al Sanatorio El Vallecano Vendado, tras pasar por la puerta de entrada, encontró en recepción a una enfermera, con su cofia blanca en la que había una peineta azul celeste prendada. Nicanora se acercó y preguntó:

–¡Buenos días, señorita! ¿Podría decirme el número de habitación de Patrizio Cohn-Zeta?

Sonriendo con sus labios rojos como el fuego y cayéndole un caracolillo del pelo por la frente, la enfermera-recepcionista dijo:

–¡Azuquiqui, arsa mi niña, pero no ponga usted esa cara de mojama, mi “arma”, que la momia “eztá” bien, vendada, pero bien, sin malajes, vamos!

–¿La momia? –interrogó Nicanora, mientras la enfermera daba vueltas sobre si misma moviendo los brazos, como ensayando una sevillana...

–¡Habitación 8, “shosho”! –respondió la recepcionista indicando a la escalera de su izquierda moviendo los dedos de la mano con un arte y una gracia típicamente andaluza.

Nicanora subió por la escaleras hasta encontrarse con un largo pasillo a su derecha con puertas numeradas a diestra y siniestra. Se puso a andar mirando los lomos de las puertas: 1, dos, 4, 7... 8. Tocó sobre la panceta de esta última.

–¡Adelante! –dijo un vozarrón de hombre como de Jabugo, que no se parecía nada a la de Patrizio.

Abrió y vio en la cama del fondo de la habitación, a la de-

recha según se entra, a un individuo sobre una cama vendado desde la cabeza a los pies... viéndosele tan solo unos agujeritos a la altura de los ojos, otros dos para cada fosa nasal y un tercero un poco más amplio para la boca. A la izquierda y más cerca, en otra cama, un hombre sentado sobre la cama y con camisa de pijama verde clarito con una tiritita a la altura de la mejilla izquierda.

–¡Este de aquí al lado debe ser su marido, no? –dijo este último paciente, reconociendo la voz del que la dijo que entrara antes.

–¿Patrizio? –dijo acercándose a su cama. Por la ventana semiabierta por el calor, entró una avispa que se depositó en la nariz de Patrizio. Este permanecía bizco mirándola, cuando recibió un bolsazo en toda la cara por parte de Nicanora, escapándose la avispa por donde vino, en dirección a Carabanchel, donde tenía el panal. Patrizio pegó un grito horripilante, al tiempo que Nicanora se tapaba la boca con los ojos como huevos hilados.

–¡Señora, es la primera vez que oigo a su marido pronunciar una sola palabra desde que llegó aquí!

–¡No es mi marido... es mi esposo! –dijo desdeñosa Nicanora mirándole a la cara.

–¡Pues que esposo tan aburrido, en casa es igual? –le respondió guiñándole un ojo el paciente de la tiritita.

–¿Y a usted qué le ha pasado? –cambió de tercio la esposa de Patrizio... ¿o era su mujer?

–¡Me corté al afeitarme, me hice una pequeña heridita, no ve la tiritita?